

**Manuel González de Ávila, *Cultura y razón. Antropología de la literatura y de la imagen*, Rubí (Barcelona), Anthropos, 2010, 301 pp.**

Son necesarios libros como el de Manuel González de Ávila en un marco contextual como el actual, en el que el sempiterno cuestionamiento del conocimiento humanista parece haber llegado a su punto más álgido por los avances tecnológicos, el progresivo arrinconamiento de sus disciplinas en los nuevos planes de estudios, el desarrollo de la crisis económica –que ha llevado a diversos sectores sociales a reclamar una formación básicamente utilitarista que permita una rápida rentabilidad– o el ascenso que, escondidas bajo el disfraz de la globalización, han llevado a cabo las más salvajes formas de capitalismo. Más allá de su valor científico –que lo tiene, y mucho–, la necesidad de *Cultura y razón. Antropología de la literatura y de la imagen* nace de su condición de llamada de atención sobre el futuro de las Humanidades y las Ciencias Sociales y, sobre todo, de su capacidad para proponer una alternativa viable tanto para superar el descrédito y la desafección que parecen rodear ambas disciplinas como para hacer que la producción de conocimiento sobre el mundo social y cultural no se vea obligada a justificar de forma recurrente su existencia. De hecho, ya en los primeros párrafos de la obra González de Ávila –cuya teoría parte de un exhaustivo dominio de las principales corrientes filosóficas, antropológicas, literarias y artísticas de la actualidad, a las que acude puntualmente para sostener sus argumentos con unas soltura y concisión que sólo permite el conocimiento en profundidad– deja claro cómo su principal propósito es el de vincular los saberes humanísticos a los de las ciencias sociales, proponiendo el empleo del neologismo “ciencias sociohumanas” como marco capaz de englobar la diversidad que suponen los estudios de la Teoría de la Literatura, la Literatura Comparada, la Cultura Visual, la Antropología, la Sociología, la Historia o el Arte. Parafraseando al autor, podría decirse que lo que pretende su propuesta es generar una fuente de conocimiento global y complementario que permita, a partir de la aplicación de bases antropológicas al estudio artístico, de la vinculación del método humanista al estudio social y del diálogo entre las ciencias naturales y las que se proponen como “sociohumanas”, la creación de una “teoría práctica y de una práctica teórica decidida a proteger la historia común de la humanidad y a salvaguardar los procesos de cambio social”. En ese sentido, resulta sumamente acertado que el libro haya sido publicado en el catálogo de una colección editorial llamada “Pensamiento crítico / Pensamiento utópico”.

Dividido en tres grandes capítulos (“Epistemología”, “Literatura” e “Imagen”), el libro se estructura en torno a breves epígrafes –de no más de cinco o seis páginas– que evidencian la capacidad del autor para vincular temas y para establecer, como elemento adicional a la teoría unificadora sobre las Ciencias Sociales y las Humanidades que domina la línea argumental de la obra, diversas reflexiones sobre los estudios contemporáneos sobre literatura e imagen. De este modo, González de

Ávila parece poner en práctica los propios postulado teóricos que defiende, pues la misma necesidad de no limitar ni hacer del conocimiento una parcela especializada y particular imposibilitada de generar diálogo con otros campos que reclama su propuesta de “ciencias sociohumanas” reside en sus análisis sobre la cultura y el arte actuales, integradores e interdisciplinares.

A pesar del innegable interés de todo el libro, y de la unidad que, dentro de la variedad de asuntos en él tratados, posee, es el capítulo dedicado a los estudios literarios el que, por su contenido y enfoque, resultará más sugestivo para los investigadores vinculados a la literatura en general, y a las disciplinas teóricas y comparatistas en particular. En ese capítulo, González de Ávila analiza, en primer lugar, la viabilidad de la disciplina de la Teoría de la Literatura, a la que, refutando las opiniones de aquellos que sostienen que los andamiajes teóricos han sido los principales causantes de la crisis de las humanidades al hacer rutinario y mecánico un objeto de estudio que tendría que ser tan voluble como su propio origen humano indica, proclama necesaria siempre y cuando sea capaz de ajustarse al proyecto antropológico que reclama todo el libro. Así, el autor demanda “una teoría verdadera y suficientemente científica de la literatura, que la saque de los saberes humanísticos para emplazarla entre las ciencias sociohumanas”.

También se ocupa el capítulo del futuro del comparatismo literario, al que sitúa como una disciplina necesariamente holocultural –y, evidentemente, “sociohumana”- destinada a superar la tradicional dialéctica entre comparación retórica y comparación científica para convertirse en un marco científico, histórico, social y artístico que, tal y como indicó Itamar Even-Zohar, pueda insertar al texto dentro del polisistema –y de las complejas relaciones que lo forman- en que se inscribe. Con semejante método, que no esconde las evidentes vinculaciones entre la literatura comparada y la antropología cultural, la comparación podría convertirse en una vía de conocimiento racional que ahondase en el conocimiento y la comprensión de los textos.

El capítulo titulado “Literatura” se completa con unas interesantísimas reflexiones acerca de la historiografía, la autobiografía o la identidad que resultan de suma clarividencia en un momento como el actual, en el que las denominadas “literaturas de la memoria” y “literaturas del yo” están conociendo un inusitado apogeo gracias al auge del género autobiográfico, a la proliferación de textos autoficcionales, al trasvase del discurso autobiográfico al cómic o el cine, al exhibicionista culto al yo que parece dominar la sociedad, a la proliferación de corrientes como la microhistoria o al “culto a la memoria” que, en palabras de Jacques Derrida, parece vivirse en el mundo contemporáneo, cuya obsesión por recordar puede detectarse, además en la citada eclosión autobiográfica, en la proliferación de archivos y centros documentales, en la continua conmemoración pública de onomásticas o en procesos sociales como la denominada “recuperación de la memoria histórica” desarrollada en diversos países durante las últimas décadas. Además de encajar con el proyecto metodológico expuesto en la obra, las reflexiones sobre estos temas permiten dar un lugar en los estudios “sociohumanísticos” a un discurso como el autobiográfico, permanentemente cuestionado en los postulados clásicos de la teoría literaria por su vinculación con

la representación referencial del mundo, y demuestran la vigencia del libro, también evidenciada en el capítulo dedicado a los estudios de imagen, en los que González de Ávila, lejos de limitar sus reflexiones a la pintura, el cine o la fotografía, se ocupa también de manifestaciones como el videoarte.

*Cultura y razón. Antropología de la literatura y de la imagen* es, en definitiva, una inteligente respuesta a la situación de los estudios humanísticos. Meditado, coherente, bien documentado y tremendamente actual –sin dejar por ello de contener conclusiones de dimensiones universales susceptibles de trascender la contemporaneidad de su gestación–, el libro puede ser leído como una propuesta sobre lo que han de ser en el futuro los estudios literarios y artísticos –y, en otro orden de cosas, sobre la formación global, interdisciplinar y “sociohumana” que, similar a la que demuestra poseer González de Ávila, han de tener quienes se enfrenten a ellos– y, al mismo tiempo, como un compendio de lúcidas reflexiones sobre diversos aspectos del arte, la cultura y la sociedad contemporáneas. Desde cualquiera de las ópticas, la obra resulta tan interesante como necesaria y, por tanto, recomendable.

**Javier Sánchez Zapatero**